

El Balauarte

DIARIO REPUBLICANO

DIRECCION Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.

NÚM. 207.

Sevilla.—Lunes 10 de Septiembre de 1900

AÑO XXIV.

¡Párate... Pedro!

Este párate es una cariñosa voz de atención; y este Pedro es D. Pedro Rodríguez de la Borbolla.

Este simpático hombre político sevillano va, a carrera desbocada, a despeñarse en el abismo de la impotencia, que es el de la anulación, que es el del olvido.

Es posible que alguien que no haya sentido jamás esos afectos desinteresados, pero consistentes, que engendran las simpatías, al leer estos renglones, diga: —¿Y a usted, qué le importa?

—Y a usted, ¿qué le importa? Si los hombres—y singularmente los periodistas—nos ocupáramos exclusivamente en aquello que nos importa, la mitad de los periódicos se publicarían en blanco, ó no se publicarían.

A nosotros—esto es, a mí, porque este artículo es exclusivamente personal—no puede dejar de importarnos ese político revoltoso que salió de las filas republicanas para ser Diputado á Cortes, y que, siendo Diputado republicano, traicionó á las ideas que representaba, y se pasó al campo enemigo, porque en el que trabajaba no había espigas en sazón, y en el otro, sí.

Pero... no se pasó él por su voluntad—lo digo yo antes que él lo pueda decir—lo echó hacia dentro aquel gran Capitán Araña de la última monarquía española que tuvo por nombre, no en España, sino en el mundo entero, Emilio Castelar.

—¡Porque no tenía fé en la República, porque no era republicano!—me arguirán.

¡Claro es que no! Si la hubiera conocido, hubiera hecho lo que Junoy, lo que Gil Berge, lo que Prefumo, lo que otros muchos hombres que eran republicanos antes que políticos, y prefirieron seguir olvidados en la antigua casa solariega, revestidos de la dignidad que da la consecuencia, á cambiar de sitio ante la esperanza de recoger un mendrugo en la mesa monárquica.

Por eso he dicho, al comenzar, que voy á hablar de un político, y no de un creyente. Los hombres políticos no tienen otra diosa que la política, ni otro ideal que aquello que con ella se relaciona.

Son excépticos por naturaleza, y son excépticos en todo: en política, en religión, en sociabilidad... en todo.

Tanto creen en la República como en la monarquía, en Dios como en Mahoma, en el amigo como en el enemigo.

Se guarecen cabe la insitución que puede darles sombra, le rezan al Dios que tiene más público, y cultivan las amistades que pueden serles de alguna utilidad.

Estos son los hombres políticos, y este creo yo que es el señor D. Pedro Rodríguez de la Borbolla.

Ni quiero encubrirle en nada, ni quiero ofenderle en nada.

Hablo con mi corazón, limpio de todo pecado de envidia ó animadversión.

Pero resulta que yo no puedo sustraerme á todo aquello que me es simpático—que aun el mismo Lucifer tiene admiradores y adeptos en la tierra—y me duelo de que los hombres que pueden ser útiles en manera alguna á los fines sociales, sin olvidar los fines propios, se caigan, derrenquen y maltrechen, ó por la cobardía de sus propias fuerzas, ó por la ceguera que les inspire la situación ambigua en que el destino los coloca, y que no saben, ó no quieren, afrontar como capitán valiente: enseñando el pecho á la cabeza de sus fieles soldados para que en todo tiempo se diga:—Aquí venció, ó aquí murió. Tuvo la consecuencia de la inconsecuencia, pero no abjuró de lo que le era propio: su personalidad. Mala ó buena, siempre la tuvo.

Y ya voy llegando al punto que me proponía llegar, pasando por encima de este camino sembrado de alfileres que hay que pasar cuando se le quiere decir la verdad á un hombre que vive de burlarse de ella, creyendo hacer creer que la rinde acatamiento.

Rodríguez de la Borbolla, monárquico ó

republicano, sagastino ó gamacista, es lo cierto que siempre fué democrata, democrata y pobre—que no sabemos todavía que la política le haya dado el capital que en ella ha perdido—y á esa cualidad, en él sobresaliente, debió siempre el tener en Sevilla gran popularidad, mayor y más verdadera popularidad que ningún hombre político de su tiempo.

¿Por qué la va perdiendo, y por qué, á carrera desbocada, va camino del olvido, dejándose patear de los débiles á quienes dió la mano, y ayudando y sirviendo de comadrón á autoridades desprestigiadas, sin posición, sin talento, sin fortuna, volviéndole las espaldas al pueblo que siempre le fué fiel, aun en sus mayores veleidades?...

No lo sabemos.

Pero... ¡párate, Pedro! Baja la vista desde ese tu Olimpo de *La Peña*, en el que tus soldados mas fieles, tus más batalladores suizos, tascan el freno de tu autoridad, pero no están dispuestos á oír decir que ellos serán los causantes de que el pobre pueblo de Sevilla sea robado ó saqueado en los Fielatos de Consumo, sin que haya una voz cariñosa que, desde los escaños del Ayuntamiento, solicite lo que Sevilla entera demanda. Sí, Sevilla entera, porque la mayoría es pobre, y se trata de hacer la causa del pobre; la causa de ese infeliz que, en ocasiones solemnes, va, ó fué, á emitir su voto en la urna electoral porqu' era D. Pedro Rodríguez de la Borbolla—¡el hijo de aquel ciudadano ilustre!—el candidato.

¡Párate, Pedro... y escuchal

¿Quién vale más?

Checa, Amores, Ayala y demás señores elevados al cubo por una genialidad, ó por una torpeza del Sr. Ybarra, ó... el pueblo de Sevilla?

Los Sres. Chiralt, Llach, Leonardo Mateos, Mallol y Algarín... concejales borbollistas del municipio sevillano, tienen la palabra.

¡Que digan si tengo ó no tengo razón!

J. RODRÍGUEZ LA ORDEN.

.....

Nota del día

¡YA VUELVEN... YA VUELVEN!

Vanse amortiguando los calores del estío, y vanse apiñando en las ciudades los ricos y los enfermos que se desparramaron en hormiguelo incesante por las costas.

¡Salud y placeres!... llevaban como programa, como santo y seña, aprobado por la necesidad y la costumbre, esos miles de veraneantes, siempre generosos con la holganza y nunca con el ocio indiferentes.

El industrial, el hombre del comercio, y de los negocios, que padeció agudos ataques de bilis en aquellos meses de rabiosa protesta contra todo lo estatuido, vuelve hoy rehecho de su degaste cerebral, y de sus quebrantadas energías, á luchar otra vez para la regeneración patria. Que ya esta tregua restauradora les ha dado nuevas fuerzas.

El político baratillero, el de feria, el farol que luce en esa procesión de miserias sociales que se llama *casa pública*; el comediantes de las grandes farsas nacionales; el audaz saltador de las ideas, bullidor constante, veleta sin rumbo, corazón carcomido por las malas acciones, también vuelve á su centro para hacer la felicidad del país con los proyectos que su magín travieso y su ambición creciente le sugieren.

El ministro desdichado que pasea su fracaso por las costas cantábricas, con todos los pelandengues de la característica oficial, que ni brilla, ni calienta, ni entusiasma, ni honra, ya regresa para seguir trabajando por nuestra dicha en ese ambiente de mentiras y de pingos barnizados que constituye la trabazón, el esqueleto de nuestro pobre ministerialismo.

A las playas, gongos, rientes, sin escrúpulos, marcharon todos, con su proclama unánime, ruidosa y sugestiva: ¡Salud y placeres!

De las playas vuelven todos, aireados, lavados de cuerpo (que no es poco), hambrientos de emociones y pléticos de deseos, á continuar el camino trillado, con el mismo lema, con igual pabellón, con la misma divisa: ¡Salud y placeres!...

Y no echan de ver que esta patria, tíznada por todas las miserias en fuerza de ser indignas esos hijastros, y corroída por todos los males en fuerza de estar prostituidos esos mentores, no puede dar salud ni dar placeres.

Porque lleva la infirmitad en las entrañas, y los retorcimientos del dolor contraen sus miembros entre alaridos espeluznantes que la enorme delanje de zánganos en vano finge no oír.

¡Pero ya... vuelven!... ¡Ya vuelven! Ya vuelven... ¡Dios mío... y no hay quien los eche!

J. MARCIAL DORADO.

Desde París

Correspondencia particular de EL BALUARTE, por su redactor Adolfo Vasseur.

XXI

Desde por la mañana se ven por todos los barrios grandes cartelones que anuncian la única audición de las sociedades corales del inolvidable maestro Clavé.

Apesar de lo acostumbrado que están los parisienses á oír cantar á todos los cantantes de la tierra y á ver bailar á todos los *dansantes*, parece los coros de Clavé captivar su atención, sobre todo, desde que saben que esos obreros, sin subvención de ninguna clase, han hecho el esfuerzo económico de muchos meses para darse ese gustazo, pese á quien pese.

El Ayuntamiento de Barcelona, solicitado por estos ajenos á la expedición, se negó rotundamente á contribuir con 2,000 pesetas á este viaje de esos hijos del trabajo, cuando pocos días antes habían concedido miles de favores á las hordas frailunas que de Filipinas vienen á esquilar á tanto borrego.

Me dirijo al hotel en que se alojan los chicos de los coros. El espectáculo es pintoresco; sentados en largas mesas entre militares franceses, marineros rusos, artesanos parisienses y algún que otro curioso *tourista*, las barretinas rojas resaltan sobre la blancura de los manteles y lo azul de los uniformes de los marineros, resultando el conjunto la bandera tricolor de la patria, que tan amorosa recibe en su regazo á todos los hijos de la tierra.

La complacencia es tan indulgente de una á otra parte, que veo á algunos hablarse sin comprenderse durante largo rato, sin dar la menor muestra de disgusto, y luego ratificar lo dicho con sendos apretones de manos.

El verdadero padre de la expedición es el médico expedicionario D. Enrique Espinet Batllori, el que, con parte de su botiquín, siempre á su lado, vela con paternal solicitud sobre todos los que él llama sus hijos.

Cuando entro está el buen doctor comiendo con su inseparable amigo Maximiliano Novi, director musical de los coros, y varios de los más conspicuos de la expedición.

Llegó la hora de marchar al Moulin Rouge, en el que debe tener lugar la audición, y se arma la desbandada general; quién va en ferrocarril, quién en tranvías, otros á pié y el resto en coche: todos se dirigen al otro extremo de París.

Una muchedumbre inmensa se apiña delante del establecimiento. Los guardias republicanos han sido requeridos para mantener el orden.

Las inmensas salas están ya repletas de inmenso gentío; la entrada de los coros levanta atronadores aplausos y la bandera española está saludada por triple *¡hurra!* Los coristas han sido colocados en un estrado que domina al público, de más de tres metros; debajo de este estrado hay otro, en el que se halla una orquesta compuesta de 50 profesores. Las salas están alumbradas á giorno y 40 potentes arcos voltaicos desparraman torrentes de luz. Todo el París chico está allí, y en medio todo lo que es español residente en la capital. Para procurar más espacio se han suprimido asientos y mesas, y el verdadero océano de gente da evidentes muestras de impaciencia para oír á los chicos.

Ya llegó aquello. Quizás dejándome llevar de mi impresionalismo natural, les aseguro que el acto revestía un aspecto verdaderamente imponente. En medio de un silencio sepulcral se eleva majestuosamente el canto del inmortal maestro, *Gloria á España*. Todo lo que pudiera yo decir del éxito de esa hermosa cantata resultaría pálido comparado con la realidad. Los gritos de entusiasmo cubren los estrepitosos aplausos, y eso dura 10 minutos.

La figura más visible y distinguida de los coros es ciertamente la del joven é ilustrado director artístico D. Maximiliano Novi; tiene 27 años, alto, buen mozo, con un bigote negro que es causa de que las mujeres le estén asaltando de sus miradas ardientes, vestido de rigurosa etiqueta dirige sus numerosos concertistas con un aplomo que le hace parecer acostumbrado á ruidosos éxitos.

La segunda parte de la audición es el hermoso canto *Flors de May* (Flores de Mayo), que es recompensado por nutridos aplausos; en aquel momento es preciso todo el tacto de los directores de la casa para impedir al público que invada el estrado en que están los coros. Dichosamente en aquel momento resuenan las voces de los cantores que ejecutan *Las galas del Cinca*, con acompañamiento de los 50 profesores de la orquesta, la que produce verdadero frenesí.

Entre canto y canto me mezcló con el público para escuchar los comentarios, los que no pueden ser más lisonjeros; han venido de todos los barrios de París para asistir á esa única función, todos los *diletanti del bel canto*, el público juerguista del Moulin Rouge, ha sido reemplazado por un público culto y aficionado, que no acaba de alabar á los coros de Clavé y pagan su trabajo con entusiastas palmas.

En el momento en que se va á cantar *La Marsellesa*, un caballero elegante vestido se presenta en el estrado y me dice en buen castellano:

—Caballero, me parece que la bandera francesa debe estar al lado de la española, para que el hermoso canto nacional esté más en armonía con los sentimientos que nos animan á todos.

—Voy por una—contesté yo.

Al rato, las dos banderas fraternizaban y los aplausos frenéticos del público saludaba esta aparición. Debo advertir que los chicos de los coros poseen una bandera catalana, que una á la de España y á la del Orfeón, va á todas partes con ellos, pero que en los actos oficiales es cuidadosamente plegada y depositada aparte; eso por no dar lugar á maliciosas ó malévolas interpretaciones de separatismo; pero como nunca falta quien *meta la pata*, algunos pretendieron que la bandera catalana se exhibiera también en el estrado.

Comprenderán ustedes que la situación era embarazosa, pues todos los coristas están convictos y confesos de republicanismo, pero de republicanismo español; por otra parte, no constituye un crimen el que conociera el público parisiense las batras de Cataluña. En fin, tras de breve discusión, las tres banderas mezclaban sus colores y *La Marsellesa* fué cantada con un sentimiento y una energía indescriptibles. La ovación duró media hora; el público invadió el estrado y hubo una de abrazos y de apretones de mano que *temblaba el orbe*.

La orquesta, para corresponder, tocó la Marcha real y....

En cuanto á la *ofrenda* de flores ante las imágenes, por los coros de Clavé, es una mentira burda de cualquier oficioso.

París 4 Septiembre de 1900.

ADOLFO VASSEUR CARRIER.

ETIQUETERÍAS

La cuestión de etiqueta suscitada en Ferrol, por disputarse los generales de mar y tierra el honor de dar la escolta á la familia real, toma graves proporciones y amenaza conflictos que pueden dar ocasión á la caída del Gobierno. Por de pronto, la autoridad del presidente del Consejo de Ministros, que lleva la más alta representación de la Marina, ha quedado tan quelbrantada, que es difícil que el Sr. Silvela pueda continuar un día más al frente del departamento que tiene á su cargo, si le queda un resto de aprensión y un algo de lo que tenían otros gobernantes de mayor altura, pero de cuius más sensible que el que tiene el actual jefe del Gobierno. La vida ministerial del almirante de cartulina ha concluido en el Ferrol con la desairada y poco envidiable, situación en que la coloca la dimisión del comandante general y del segundo jefe del Departamento marítimo. Él, como ministro, debió reclamar los fueros de la Marina ó imponer el correctivo oportuno á los subordinados que se le subieron á las barbas en su misma presencia, si no tenían razón.

No hizo ni una cosa ni otra, no supo imponer su autoridad, no pudo prever el conflicto ni tuvo prestigios para conjurarlo; luego su autoridad como jefe, quedó desconocida. Silvela, como ministro de Marina, ha muerto. Silvela, como presidente del Consejo de Ministros, ha dejado en el Ferrol todos los prestigios, toda la autoridad del cargo. Silvela, que ante el país no era más que un enano con zancos, debe ser hoy ante la monarquía que le otorgó su confianza y ante el régimen que le sostenía con la benevolencia de todos los gubernamentales opositores; una figura, un guñol de teatro sin autoridad y sin prestigios.

Esto, por lo que se refiere al jefe del Gobierno, al ministro responsable de Marina, á la au-

toridad del que asume la confianza y la responsabilidad de los poderes irresponsables y permanentes, desarmados ante la actitud de sus balternos por la debilidad o por la falta de autoridad del régimen.

Por lo que significa de algún interés para el país esa tristísima cuestión de etiqueta, las consideraciones que de ella se deducen son muy tristes y de profunda amargura para el nombre de España, para los prestigios de su historia y para la honra de sus brazos y de los que deben ser los mantenedores de su honor sin mancha, de su augusto nombre sin tacha.

Si aquellos ejércitos de mar y de tierra hubieran provocado la cuestión de etiqueta cuando los americanos pisoteaban nuestra bandera, hollaban con su planta el suelo de la patria, mancillaban el honor de la nación, y sin pelear siquiera, y sin poner á prueba el valor de nuestros soldados, invadían y se apoderaban de nuestro territorio, ¡ah! ¡qué hermoso espectáculo de etiqueta hubiéramos dado!

¡Cuánto hubiera ganado nuestro nombre y nuestra raza! ¡A qué altura hubiera quedado el nombre de la patria!

Habría caído un Gobierno, se habría precipitado un régimen en el abismo, pero el depósito augusto de nuestras grandezas lo hubiéramos conservado, y el nombre santísimo de la patria no habría sido profanado; pero no podía ser: entonces la disciplina se impuso y triunfó el Gobierno, quedando vencidos nuestros ejércitos, que arrastraron en su derrota el nombre de la patria.

Lo dijo el general Blanco en el Senado cuando ya era tarde; pero el valeroso coronel que trató de salvar el honor de España en Cuba le mandó á la Península poco menos que encausado y bajo partida de registro.

Para aquellos momentos supremos son las cuestiones de etiqueta. Para aquellos días críticos y difíciles en que jugaba un gran papel el honor de la patria y de la bandera son las emulaciones oportunas.

Pero no lo quiso el destino. La Nación había de caer con el régimen y la Nación cayó sin una queja, sin una protesta. Sólo la reclamación del esforzado coronel y de los que con él suscribieron el compromiso, fueron los que protestaron de aquella gran vergüenza, los que tuvieron energías para plantear la etiqueta de la patria, la emulación de la defensa contra los que escarneaban el nombre de España.

Ahora protestamos por dar escolta á los reyes.

Juzgue el país, juzguen los buenos patriotas, juzguen los esforzados hijos de España que aspiran á redimir á la Patria.

A. A.

De actualidad

DISIDENCIA DE PRETENDIENTES

París.—Asegúrase que están en disidencia D. Carlos de Borbón y su hijo D. Jaime.

D. Carlos ha convocado á una reunión de los más caracterizados jefes carlistas, en Venecia, teniéndose por seguro que muchos se abstendrán de concurrir.

CUESTIÓN ARANCELARIA

La prensa, comentando que los alemanes rebajen el arancel á los carbones, excita al Gobierno español para que atienda á las necesidades de la industria, rebajando las partidas de los aranceles correspondientes á las materias de primera necesidad.

CONTRA EL CLERO

La *Gaceta Oficial* de Roma publica un decreto ordenando que al obispo Andria, cuya conducta con motivo de los funerales del rey Humberto, fué juzgada irrespetuosa, le sean recogidas las temporalidades, distribuyéndolas entre los pobres.

Esta medida justa que aplaude la prensa sensata, ha producido en el Vaticano gran sensación.

LOS ANARQUISTAS EN HUNGRÍA

Dice la prensa Austriaca:

«La policía de Budapest trabaja actualmente en un asunto bastante complicado y difícil. Parece que á mediados de Agosto se verificó en la capital de Hungría una reunión anarquista en la cual se acordó, entre otros asuntos, atentar contra la vida del príncipe Fernando de Bulgaria.

Por circunstancias especiales, la policía no tuvo noticia del suceso hasta muchos días después, lo cual dificulta ahora en extremo sus gestiones.»

Se relaciona esta noticia con la agitación que reina en todos los principados del Sur.

LA CÁMARA AUSTRIACA

El día 7 se publicó en la *Gaceta Oficial de Viena* el decreto imperial declarando disuelta la Cámara austriaca de diputados.

Las elecciones de la nueva Cámara se verificará muy pronto.

LAS HUELGAS DE REMIREMONT

Continúan las huelgas en Remiremont, habiendo sido completamente inútiles las gestiones hechas hasta ahora para que los obreros vuelvan al trabajo.

LA ELECCIÓN PRESIDENCIAL EN LOS ESTADOS UNIDOS

Telegrafían de Nueva York que están muy divididas las opiniones con motivo de la próxima elección presidencial.

Mientras los republicanos sostienen la candidatura de Mac-Kinley y los demócratas la de Brian, el partido nacionalista se ha declarado opuesto á ambas, haciendo gran propaganda en favor de la de Caffery, que representa el Estado de la Luisiana en el Senado.

EN TURQUÍA.—CONTRA ALEMANIA

Un telegrama de Constantinopla da cuenta de que 80 sirios atacaron en Haifa (Siria del Este, Turquía) á los guardias turcos, porque éstos querían amparar en su derecho al ministro alemán, que había tomado posesión legalmente de cierto territorio.

Los alemanes rechazaron el ataque, y hubo muchos heridos por ambas partes.

El embajador de Alemania en Turquía ha presentado una reclamación al Sultán, y éste ha hecho abrir una infirmería, á consecuencia de la cual han sido presos 18 sirios.

CONVERSACIÓN... REAL

Los periódicos italianos dan cuenta de una interesante conversación sostenida en Nápoles por el rey Víctor Manuel con un alto funcionario.

El nuevo monarca, que viene siguiendo desde niño el desarrollo de los sucesos políticos en Italia y demás países, ha manifestado que su única ambición estriba en dar á su reinado un carácter propio y personal. «Estoy persuadido», ha dicho, «de que todos nuestros males arrancan de una misma causa, el relajamiento completo de la idea del deber. A remediar esto debe tenderse primeramente y yo daré ejemplo llenando concienzudamente los míos. Los ministros deben hacerlo también, no prometiendo más de lo que puedan cumplir y no viviendo de ilusiones. Quien cumpla sus deberes, sacrificándose en caso necesario, hasta la vida, será el mejor de los ciudadanos.»

MATERIAL DE ARTILLERÍA

En Italia se está reformando radicalmente el material de Artillería de campaña. Antes de dos años todos los regimientos dispondrán de las nuevas piezas que con toda urgencia están construyéndose.

SILVELA NO DIMITE.—LA BODA DE LA PRINCESA.—LAS CORTES CERRADAS.—HASTA EL AÑO PRÓXIMO.

En contradicción con estos rumores optimistas procedentes del campo liberal, circulan otras versiones de procedencia autorizada y que están en completa contradicción con las anteriores cábales.

Dícese que el Sr. Silvela no piensa abandonar el poder hasta el verano próximo, habiéndose aplazado la apertura de las Cámaras hasta la segunda quincena del mes de Noviembre.

La razón principal de todo esto—según dice un colega de la noche—que comprendiendo el gobierno que es imposible tener nuevos presupuestos—aun cuando había presumido y alardeado de lo contrario—para 1.º de Enero renuncia generosamente á tenerlos, y se resigna á presentar unos presupuestos que le cuesten poco trabajo, y dejarlos ahí para cuando Dios sea servido.

Acordado esto, no queda de discutir de momento más que las capitulaciones matrimoniales de la princesa de Asturias, y esta discusión cree el gobierno que no será muy larga. Se limitará probablemente á un discurso del jefe del partido liberal, ó de uno de los prohombres de dicho partido, haciendo constar la oposición del partido mismo á dicho enlace.

Las demás oposiciones dinásticas, si hacen algo, harán menos que esto; exceptuando al Sr. Romero Robledo que será algo más extenso.

Respecto á las oposiciones republicana y carlista, según el citado periódico, no darán mucho que hacer.

En resumen: todo quedará arreglado (y las Cámaras en suspenso) para Pascuas de Navidad con objeto de que el 23 de Enero, día de San Ildefonso, esta es hoy la fecha pensada, puedan celebrarse los esposales.

Continuarán algún tiempo más cerradas las Cortes, y allá en la primavera, un poco antes, quizás en Febrero, al abrirías (con nueva legislación) vendrán los apuros y las congojas.

LA PATRIA

Amad vuestra patria, conciudadanos; pero no la hagáis nunca objeto exclusivo de vuestro querer, de vuestro sentir, ni de vuestro pensar. Hay otra patria más grande, la tierra.

De la tierra vivimos los hombres todos, no de la sola nación á que pertenecemos. ¡Cuán pobre y estrechamente no viviríamos nosotros sin los productos del resto de Europa y los del Africa, la América y el Asía!

La idea de la patria parcial es, bajo muchos conceptos, funesta. Excita y mantiene celos y rivalidades entre las naciones, provoca conflictos, enciende guerras. Obliga á mantener grandes ejércitos y armadas, y á fortificar las fronteras. Ha creado las Aduanas é imposibilita el libre cambio de productos.

Sólo para el deslinde de tierras contiguas, ¡á qué de luchas no ha dado margen! Recientemente han estado á punto de destrozarse por cuestiones de límites, la Gran Bretaña y Ven-

zuela, Chile y la República Argentina, Colombia y Nicaragua.

Se refiere la idea de la patria parcial sólo á la tierra, no á los habitantes. Al paso que las naciones todas están dispuestas á destrozarse por un palmo de tierra que se les usurpe ó crean haberse usurpado, miran con indiferencia que sus gentes emigren.

¡Si la idea de la patria parcial hiciese siquiera que se respetase la de los otros pueblos! En nombre y en interés de la patria parcial se invade la ajena y se reduce á colonias islas y aun costas de lejanos continentes. A esas colonias se finge luego que se extiende la patria. Allí está mi patria donde está mi bandera, dicen ahora las naciones.

¡Qué sentimientos feroces no despierta, por fin, la idea de la patria reducida! Ni hay crueldad ni barbarie que no engendre y legitime el patriotismo. Es la patria el altar en que más víctimas se inmola. Puros son los sacrificios que en él se hace, nada importan ni nada significan los que se hizo al dios Moloch y á las divinidades aztecas.

Trabajemos y suspiremos sin cesar por la patria grande. Sólo cuando la tengamos en la tierra toda, dejará de reciar la sangre el altar de ese Moloch moderno y se reconocerán los hombres todos miembros de una sola familia.

F. PI Y MARGALL.

ESPERANDO AL CARTERO

Luciano Noirtault había trabajado sin cesar durante su larga vida para mantener á su familia; á sus dos hijas primero, muertas las dos prematuramente, así como sus respectivos maridos, y después á sus nietos, Carlos por una parte y Marcelina por otra.

Con sus ahorros había fundado una modesta casa de labranza, que sus ojos no pudieron contemplar por espacio de mucho tiempo, puesto que hacía seis años que estaba ciego.

Allí vivía el buen anciano, alegre y satisfecho, en compañía de Marcelina, á la que profesaba extraordinario y merecido afecto.

¿Pero poseía la nieta todo el corazón de Luciano? No. Tan sólo la mitad, pues la otra pertenecía á Carlos.

No se mostraba Marcelina celosa de semejante división, toda vez que adoraba también á su primo, á la sazón ausente del país.

Carlos servía en el ejército, en el que había ingresado como voluntario antes de la edad reglamentaria, deseoso de avanzar en su carrera, para llegar á oficial y casarse con su prima.

Desde el día de su partida, el abuelo y la nieta no disfrutaban de mayor placer que el que les ofrecía la llegada del cartero.

A veces pasaba éste de largo; pero en ocasiones traía dos cartas, una de las cuales se guardaba Marcelina en el bolsillo.

La muchacha leía al anciano la carta oficial, y luego, á escondidas, devoraba la otra, cuyo contenido ocultaba siempre al pobre ciego.

¡Qué alegría tan grande el día en que Carlos les anunció que había sido nombrado sargento!

A la semana siguiente, una tarde dijo Luciano á su nieta, que estaba asomada á una de las ventanas de la casa:

—¿No ha venido todavía el cartero?

—No... Sin embargo, alguien se acerca...

¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡No es el cartero, sino el mismo Carlos en personal!

Con efecto, era él. Marcelina y el anciano estaban locos de contento, y, como era natural, recibieron con los brazos abiertos al recién llegado.

No obstante, en medio de aquella alegría, notó Marcelina que su primo estaba triste y que ocultaba algún secreto que no se atrevía á revelar á la familia.

Pero al fin el secreto se escapó de sus labios.

—Abuelo—dijo el sargento—ya sabes que no tengo más aspiración con respecto á mi carrera que la de ser oficial tan pronto como me sea posible. Por tanto, he pensado ir á Madagascar en busca de mi charretera, si me permites alistarme como voluntario.

El anciano se puso pálido, lanzó un profundo suspiro y contestó:

—¡Haz lo que quieras, hijo mío!

Marcelina guardó silencio; pero bajó la cabeza y sus ojos derramaron abundantes lágrimas.

II

Desde entonces se esperó en aquella casa la llegada del cartero con mucha más impaciencia que antes.

Primeramente hubo cartas de Marsella, después de Suez y al cabo de mucho tiempo de Madagascar, de donde llegaban correos cada tres semanas. Y, como siempre, venían dos, una oficial, para el anciano y Marcelina, y otra para ésta, en la que el ausente hablaba á su amada de sus proyectos para el porvenir y del cariño in-

menso que le profesaba y que no había de extinguirse jamás.

La nieta y el abuelo esperaban con gran impaciencia el día en que la bandera francesa flotase en Tanarive, porque tan glorioso suceso debía ser precursor del regreso de Carlos.

Hacia cuatro semanas que el telegrafo había dado noticias de la victoria, y el infortunado ciego, sentado á la puerta de la casa, no cesaba de decir á los transeuntes:

—Estoy esperando la llegada del cartero.

Marcelina estaba agitada y nerviosa, y deseosa de abreviar la espera, corrió al encuentro del referido funcionario. Pero, en vez de la anhelada carta, recibió un pliego cerrado, en cuyo sobre había un sello encarnado y se leía el siguiente lema:

MINISTERIO DE LA GUERRA

Dirección de Infantería

Marcelina lo abrió febrilmente y leyó:

«Tengo el pesar de comunicarle á usted que su nieto Carlos R... sargento del 200 de infantería (Madagascar), ha sido muerto ante el enemigo en el ataque de Tanarive. Su conducta fue ejemplar y su muerte heroica, lo cual debe á usted servir de consuelo.»

La administración, hará llegar á manos de usted los varios objetos de la pertenencia del valeroso soldado que ha dado su vida por la patria.

Reciba usted... etc.»

En qué sublime inspiración de ternura filial encontró Marcelina fuerzas suficientes para no sucumbir ante tan terrible golpe, y la sangre fría necesaria para recomendar al cartero que guardara el más absoluto silencio?

Sólo las mujeres son capaces de tales heroísmos.

Marcelina se dirigió á su casa y con voz firme dijo á su abuelo:

—El correo de Madagascar viene con retraso y hasta pasado mañana no tendremos carta.

—¡Es mucho tardar!—exclamó el anciano con acento de amargura.

III

Al cabo de dos días, el cartero trajo una carta, firmada por Carlos, pero una carta muy corta, como debe ser un boletín de victoria, escrito á toda prisa en el campo de batalla.

Marcelina no había tenido fuerzas para ser más extensa, al menos por la primera vez.

Aquel sublime fraude duró cuatro meses, sin que Marcelina vacilara ni un momento en el desempeño de su papel.

—El cartero le guardaba fielmente el secreto y cada quince ó veinte días se presentaba al anciano, diciéndole:

—¡Carta de Madagascar!

—¿No te parece, Marcelina—decía Luciano con frecuencia—que Carlos no puede tardar en venir? ¡Ya verás que boda tan brillante va á ser la vuestra!

Cuando así hablaba el abuelo, corrían abundantes lágrimas por las mejillas de la mártir.

Un día cayó gravemente enfermo el pobre ciego, y ya moribundo, no cesaba de preguntar:

—¿Ha venido el cartero?

—Sí, abuelito—contestaba á veces Marcelina, improvisando después una fingida carta de Carlos, en la que éste anunciaba su inmediato regreso á Francia.

El anciano murió con la sonrisa en los labios, esperando, sin duda, la próxima llegada de su adorado nieto.

IV

Marcelina se halla actualmente al lado de su prometido esposo, pues al poco tiempo del fallecimiento del abuelo, salió para Madagascar, pasó á ocupar puesto entre un grupo de enfermeras destinadas á aquel país.

La administración la agregó al hospital de Tanarive, lo cual la permite ir diariamente á poner una flor junto á la cruz donde está inscrito el nombre del glorioso sargento.

H. PLESEAO.

Noticias locales

MITIN FEDERAL

En el local conocido en Triana por la Capilla de los Marineros, se celebró anoche á las nueve un mitin republicano federal, según anunciamos.

El señor Romero, que presidía el acto, dió lectura, conforme á reglamento, á la convocatoria que se repartió profusamente en esta capital, y al acta de constitución del Círculo Federal de Triana, mereciendo la aprobación del numeroso público que asistió al acto.

Se extendió después en atinadas consideraciones sobre las ventajas que reportará al partido la constitución del centro, excitando á todos á que contribuyan con su cooperación al fomento del mismo.